

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



Direis sin soltar la risa que el arma es el sable de abordage. (Pág. 42, col. 3.)

SUMARIO.

ODIO Á BORDO, por G. DE LA LANDELLE.

LA CIENCIA PARA TODOS.

FÓRMULAS: Nueva leña para la colada. — Modo de dibujar ó estarcir una lámina sobre cobre.

ODIO Á BORDO.

POR M. G. DE LA LANDELLE.

PRIMERA PARTE.

LOS CORDONES DE ORO.

(Continuación.)

El señor de Kergal estaba sentado delante de una mesa en la que se veía un mapa marino; con el compás en la mano y al resplandor de una lámpara suspendida del techo, estudiaba el rumbo que debía seguirse; de vez en cuando dirigía la vista á una brújula que, colocada precisamente sobre su cabeza, le indicaba los movimientos mas insignificantes de la corbeta. Según su costumbre, no invitó al subteniente á que se sentase, pero se levantó y le dijo:

—¿Os dignais explicarme, caballero, cómo ha sucedido el accidente que ha tenido lugar á las ocho y cuarto?

—Me ha sorprendido una ráfaga violenta, mi comandante.

—¿Y estaba en el horizonte cuando el señor Fargeolles os entregó la guardia?

—No, mi comandante.

—¿Luego no estabais alerta?

El subteniente no respondió.

—Basta, caballero; volved á vuestro camarote.

El teniente Labranche dijo el día siguiente á Julio que quedaba arrestado durante quince días por orden del comandante.

Designóse al mismo tiempo al alumno Desbagues para reemplazarle en el servicio.

Ninguno de los pasajeros, á quienes habia causado un terror pánico la caída de los palos de juanete, juzgó demasiado severo este castigo, y con el auxilio de algunas expresiones pérfidamente lanzadas por Fargeolles y publicadas con complacencia por la señora de la Riziere, todos quedaron convencidos de que Julio era un mal oficial. Antonina oyó con pena tan deshonrosas versiones; ella solo sabia la verdad, pero desgraciadamente no le pertenecía el tomar la defensa del digno subteniente.

Papillon, el grumete de Julio, contó algunas palabras de la misma índole á Gaussard, el gaviero de bauprés.

—Necios! ignorantes! exclamó el marinero; por tres cañas rotas juzgan del mérito de un hombre. Conozco á tu amo, Papillon, sé que es un buen marino y le he visto en la *Victoriosa* hacer bailar la barca como una muñeca de dos cuartos. No hay á bordo quien hubiera puesto el buque en orden en hora y media como lo hizo ayer noche. Pero ¿qué

son todos ellos? cobardes que no han salido nunca del rincón de su hogar.

Lo cierto es que desde la caída de los tres palos de juanete, el aprecio de la tripulación hacia Julio creció en vez de disminuirse.

Era el oficial predilecto del alcázar que maldecía á *Viento de proa*, temblaba en presencia del taciturno Labranche y sentía un temor respetuoso al solo aspecto del viejo capitán de fragata. *Corazon franco* era popular, le conocían mucho tiempo hacia, y su buen carácter le habia granjeado el afecto de sus subordinados.

Durante su arresto, recibió algunas visitas en su camarote; el señor de la Riziere entre otros fué á verle, y hasta Antonina acompañó varias veces á su padre. Dulce consuelo fué para el preso ver de este modo á la que amaba, y aunque no podia decirle todo lo que habia pasado, el corazon adivinaba lo que debía decir la boca.

Cuando le levantaron el arresto, la jóven, dejando á su madre al lado de Fargeolles, se acercó con mas frecuencia á su padre, y al fin de la travesía dió aun á Julio algunas horas de deliciosa conversacion; pero eran frecuentemente interrumpidas por la criolla, cuya desconfianza estaba incesantemente en guardia.

A pesar de la escena que, según se acostumbra por lo regular, debía haber interpuesto una tregua antes del combate, á pesar de la provocacion hecha y aceptada con franqueza, la guerra continuaba con encarnizamiento, en

la cual desplegaba Fargeolles su infernal des- treza. La presencia de Antonina y su afectuosa preferencia no eran capaces de cicatrizar todas las heridas que hacía sin cesar al amor propio, á los gustos, á la dignidad y hasta al amor de Julio: el verdugo no desperdiciaba ninguna ocasion, y las ocasiones de esta clase son innumerables en la vida de á bordo.

Fargeolles se presentó como rival, abusando de sus ventajas, y en una palabra hizo pesar sobre Julio Renaud todo el peso de su maldad en los actos del servicio y fuera de ellos.

Le ridiculizaba, le calumniaba delante de la señora de la Riziere, madre de Antonina; le ultrajaba y le humillaba sin tregua.

El comandante y el teniente del buque, prevenidos ambos en favor de Fargeolles, dieron la culpa á Julio en varias ocasiones, y él solo fué castigado siempre; como por el chubasco, merced á la pérvida astucia de su colega.

Gaussard habia contado con todos sus pormenores á sus compañeros los hechos y hazafias de los dos oficiales; Papillon, el grumete, contaba al gaviero las escenas que entre ellos mediaban.

—Esto parará en mal! parará en mal! dijo Gaussard suspirando. Quiera Dios que este infame de *Viento de proa* no nos mate al señor Renaud como asesinó al señor de Pierremont.

En vano sor Aglae, antes de salir del buque, dirigió por segunda vez palabras suplicantes á Julio. Ya no era posible retroceder; la vida comun y su contacto perpetuo con un monstruo le habian alejado de sus instintos de bondad, y un odio ardiente, aumentado por un sentimiento profundo de celos, le animaba contra Fargeolles.

Y el mismo Fargeolles no habia conservado su serenidad glacial: aborrecia por fin, aborrecia con ferocidad al antiguo amigo de Carlos de Pierremont.

La noche misma que fondearon delante de San Dionisio de Borbon, luego que la familia la Riziere salió del buque, Julio Renaud envió á Fargeolles un billete en que le pedia una cita en el castillo de popa.

Fargeolles escribió al pié: «A las once en punto,» y se lo devolvió al momento.

IV.

LOS SABLES DE ABORDAJE.

A las ruidosas veladas de la travesía siguió una noche silenciosa.

Ya no habia pasajeros ni soldados á bordo de la *Severa*; las velas estaban plegadas, los palos se alzaban inmóviles hácia el cielo, una tenue brisa murmuraba apenas entre la jarcia, y los marineros de guardia dormian tendidos sobre el puente.

La bahía de San Dionisio de Borbon yacia sumida en profundo sueño; únicamente á intervalos se oían el tañido de la campana señalando las horas y el grito de alerta de los centinelas, que manifestaban la vigilancia de los marineros de servicio. Algunas horas despues iban sucesivamente apagándose todos los ruidos del buque, y solo se oía el paso de un jóven alumno de marina que se paseaba lentamente por el alcázar.

Cuando dieron las once, Desbagues evocaba tal vez algun gracioso recuerdo de Francia ó se construía uno de esos brillantes castillos en el aire de que tan rica es la imaginacion á los veinte años. La presencia simultánea de dos hombres que se le acercaron turbó sus meditaciones: acababa de conocer á Emilio Fargeolles y á Julio Renaud. Queriendo dejarles el campo libre, se retiró á la toldilla y se limitó á observarles desde léjos al incierto resplandor de las estrellas, pues no podia oír las palabras de los dos oficiales que permanecieron algunos instantes frente á frente sin romper el silencio.

—Es una burla, caballero? dijo por fin el primero; me habeis pedido una cita, aquí estoy: ¿qué teneis que decirme?

—Me parece que lo sabeis, respondió Julio. Me habeis calumniado y yo os he insultado; podemos ir á tierra mañana, y vengo á saber las armas que elegís y á determinar el sitio y la hora.

—¡Ah! ¡ah! se trata de nuestro desafío; suponia que vuestra prudencia ordinaria...

—Dejémonos de injurias inútiles! Estamos de acuerdo en que nos batiremos.

—¿Cuándo? preguntó Fargeolles.

—¿Con qué objeto me haceis esa pregunta? Ahora no podeis hacerme caer en un lazo; aquí no hay oídos indiscretos.

—Si no son los vuestros... dijo en tono de zumba Fargeolles interrumpiéndole.

—No lograreis enojarme, porque estoy bien provisto de sangre fria para hoy y para mañana!

—Seria gracioso que el caballero se enojase despues de haberme estorbado por nada. Enviadme vuestro padrino, á quien diré el nombre del mio, y ellos arreglarán las condiciones.

—Insolente! murmuró Julio y se dirigió á la toldilla para pedir al alumno de marina Desbagues, que estaba de guardia en aquel momento, que le hiciera el favor de servirle de padrino.

Fargeolles se puso á silbar entre dientes y bajó.

En vez de volver á entrar en su camarote, abrió bruscamente la puerta del pacifico comisario de la corbeta, y sacudiéndole del brazo le dijo:

—Buenas noches, bisoño! Abrid el ojo y miradme; soy yo que vengo á visitaros.

—Dejadme dormir en paz, dijo el malhadado comisario despertándose sobresaltado.

—Sacudid el sueño, señor contador, que tengo que contaros un cuento que podreis contar entre vuestras cuentas.

—Siempre bromista! dijo el comisario medio tranquilizado con aquel insulto juego de palabras; pero ocultad la luz porque me deslumbra... Dormia con tanto gusto!

—Siempre están durmiendo estos holgazanes de empleados; *pigri computatores!* como dice Horacio en su *Henriada*. Ea! en pié, dormilon!

Al anciano empleado gustó sin duda aquel fuego graneado de groseras chanzas porque se sonrió, se incorporó, se estregó los ojos y manifestó deseos de escucharle con atencion.

—¿Crees tal vez, muchacho, añadió Fargeolles, que voy á divertirme hasta mañana? Error de tu criterio electoral! Vuelve á principiar tu regla de Troyes en Champagne; se trata de un asunto grave.

—Bah! dijo el comisario.

—Gravisimo! añadió Fargeolles con énfasis jocosero.

—¿Qué sucede?

—Que mañana tendreis que madrugar, que tendreis que levantaros á las cinco de la mañana como la aurora la de los dedos de manteca, y venir conmigo á tierra.

—Imposible! Hace tres meses y medio que rodamos y cabeceamos sobre las olas sin que haya podido dormir á mis anchas, ¿y quereis que sacrifique mi primera madrugada de fondeadero despues de haberme despertado á las once de la noche tocadas?

—Vendreis á respirar el aroma de los naranjos en flor.

—¿Y qué me importa á mí su aroma? Prefiero dormir.

—Cómo! ¿Os rebelais contra papá? Muchacho, te digo que vendrás.

—Pero ¿para qué? dijo el comisario con acento de resignacion.

—Para servirme de padrino, porque me bato mañana.

El buen empleado abrió dos ojos de á palmo.

—No temais; entre muertos y heridos no habrá mas que un sombrero contuso. Nos sacudiremos el polvo en casa del honrado la Riziere que vive, como sabeis, detrás del jardin real, y cuando hayamos hecho las paces, iremos á saquear la bodega. ¿Qué os parece?

—Si solo se trata de eso, no digo que no.

—Ya queria yo decir que rehusarais una comiloná.

—¿Luego es un desafío á tener? dijo el comisario que era un excelente gastrónomo.

—Tú lo has dicho.

Viéndose Fargeolles apurado para proporcionarse un padrino formal y de buena voluntad, pensó que lo mas acertado seria obligar al comisario valiéndose de la astucia. Ya he-

mos visto como lo consiguió. Ejercia por otra parte grande imperio sobre el viejo empleado cuya debilidad explotaba, y la situacion era de aquellas que mejor se adecuaban á su carácter.

Despues de un fuego graneado de groseras chanzas que acabaron de poner de buen humor al comisario, Fargeolles le pintó con halagüenos colores el lance para estar mas seguro del consentimiento del pobre anciano.

—Pero ¿no me direis, querido, quién es vuestro compadre, compañero y competidor? preguntó el empleado.

—Renaud, respondió Fargeolles. Voy á enviaros su padrino, á quien direis sin soltar la risa que el arma es el sable de abordaje. Es mas divertido; pareceremos dos figuras de mampara. Ya, ya vereis qué cara pondrá el señor la Riziere cuando entremos en su casa con nuestros cucharones como una cuadrilla de espumadores.

Los marineros dan el nombre de cucharones á los sables de abordaje á causa de su forma redondeada y de la concha negra que guarnece el puño.

—Así, pues, quedamos acordes. Buenas noches! Os despertareis á las cuatro y media en punto, dijo Fargeolles sin entrar en mas pormenores.

—Pero... pero... decid...! exclamó el empleado.

Fargeolles habia cerrado la puerta é iba á esperar en su camarote al padrino de Julio, cuando se le acercó Desbagues que le enviaba su adversario.

—Yo soy, dijo el alumno despues de saludar al oficial, es decir, tengo el honor de ser el padrino del señor Renaud....

—Buen provecho os haga ese honor! murmuró Fargeolles.

—Y vengo á preguntaros quién es el vuestro.

—Es el comisario que todo lo ve y lo sabe, respondió zumbándose con la mayor insolencia, y se encerró bruscamente en su camarote despues de indicarle con un ademán el del pacifico empleado.

—Quién va? quién es? dijo este sobresaltado.

—Soy yo, comisario.

—Entrad! Pero ¿qué quereis? Dejad que encienda una vela. Caramba! no le dejarán dormir á uno en toda la noche!

—Dos palabras no mas; es inútil que busqueis la luz. ¿Cuáles son las armas, la hora y el sitio designados?

—¿Qué? ¿cómo? ¿qué decís?

—¿No sois el padrino del señor Fargeolles para su desafío con el señor Renaud?

—Es decir... no precisamente. Es que... yo no he aceptado del todo.

—Lo sois, sí ó no?

—No digo que no.... pero tampoco diré que sí.

—Hablemos formalmente: ¿podeis responder á mis preguntas?

—Permitidme...! Segun y conforme... hasta cierto punto...

—Pues bien; ¿la hora?

—Creo que las cinco de la mañana... sí, las cinco. Me parece demasiado temprano... ¡oh! sí, demasiado! No acostumbra á almorzar á tales horas en casa del señor de la Riziere....

—¿El sitio? dijo el alumno interrumpiéndole.

—¡Oh! en cuanto al sitio, la costumbre ha sido siempre batirse detrás del jardin real, cerca de la casa del señor de la Riziere, y conocereis...

La escena iba siendo cada vez mas extraña.

Desbagues cumplia su mision con la gravedad conveniente, y el comisario se empeñaba en aludir incesantemente al almuerzo y á la casa del señor de la Riziere.

El alumno preguntó por último cuáles eran las armas que habia elegido Fargeolles.

—El sable de abordaje, respondió el empleado; me parece que la broma será excelente y que el señor de la Riziere...

—¿Qué decís? exclamó Desbagues con impaciencia. ¿El sable de abordaje? Eso no tiene sentido comun; nadie se bate ya con sable de abordaje. Y además, ¿qué tiene que ver el señor de la Riziere con el desafío?

—¿Pues... y el almuerzo? dijo el comisario

esforzándose en dar á su acento una expresion de finura.

—¿Qué almuerzo?

—El de reconciliacion.

—¡De reconciliacion! repitió el alumno. Caballero, se trata de un desafio formal motivado por graves insultos. Dejemos á un lado las burlas.

—Yo no me burlo nunca de nadie, señor Desbagues, dijo amistosamente el comisario; ¿creeis pues que el lance es formal?

—Os repito que muy formal, y no sé á qué viene el elegir sables de abordaje.

—Cielo! ¿será cierto? Pero no creo estar obligado á hacer el papel de padrino en un lance formal.

—No nos apartemos de la cuestion. Si no quereis ser padrino de Fargeolles, decidsele á él, que eso no me atañe; yo solo vengo á saber si ha elegido alguna otra arma que no sea el sable de abordaje.

—Ninguna otra, os lo juro, dijo con voz compungida el comisario.

—En ese caso, nada mas tengo que deciros: ¡buenas noches!

Desbagues fué á llamar al momento á la puerta del cirujano mayor, á quien halló leyendo una obra de medicina y trabajando á pesar de la hora avanzada de la noche, y despues de una breve conferencia subió al castillo de popa donde Julio hacia el servicio en su puesto mientras desempeñaba su encargo.

Hacia mucho rato que estaba el teniente Labranche en el puente á las cinco de la mañana, y mandaba disponer los objetos necesarios para la limpieza interior del buque. Bajaban al mar los botes que habian pasado la noche suspendidos en los costados de la corbeta, y principiaba á renacer la actividad. El veterano oficial vió con asombro presentarse sucesivamente á Fargeolles, á Julio Renaud, á Desbagues, al comisario y al cirujano que fueron uno tras otro á saludarle y á manifestarle la intencion de desembarcar al instante. Explicóse sin embargo su paso con el deseo de visitar sin tardanza el nuevo país á donde habian llegado el dia anterior, y como el señor de Kergal habia eximido á su estado mayor de la obligacion reglamentaria de pedir permiso para ausentarse, el teniente puso al momento un bote á su disposicion.

En la proa del barco estaba Papillon, que habia bajado por mandato de Julio con un sacco en que iban envueltas las extrañas armas elegidas para el combate. Julio y Desbagues llevaban además ceñidas las espadas, pero Fargeolles se habia vestido de paisano; circunstancia que no le impidió sentarse en el sitio preferente del bote, en el cual no se dijo una palabra hasta el momento de llegar á la orilla.

El comisario, que era el mas antiguo marreante de todos y habia vivido en San Dionisio, sirvió de guia hasta el sitio designado. Papillon seguia algunos pasos detrás llevando penosamente la carga. Apenas era de dia; la ciudad estaba aun silenciosa, la campiña desierta, y se distinguia á poca distancia la casa del señor de la Riziere.

El cirujano fué el primero que se paró para manifestar que eludia la responsabilidad de lo que sucediera; no tardaron en hacer alto Julio y Desbagues; Papillon les alcanzó y dejó el sacco á su lado, y á una indicacion de su amo lo abrió y sacó dos sables de abordaje que el subteniente entregó al alumno diciéndole:

—Os impongo hoy una tarea muy penosa, querido Desbagues, y os doy por última vez las gracias.

—Es inútil, dijo el alumno, he aceptado con gusto y haré cuanto me sea posible para serviros como deseais.

—Ya sabeis que no quiero concesiones, y que no me retracto de nada, de nada absolutamente. Ni siquiera acepto una satisfaccion, pues solo hay un medio de zanjar este asunto.

—Está bien! dijo Desbagues estrechando á Julio la mano.

Fargeolles y el comisario se habian parado tambien.

—Temblais como una pluma en época de arreglo de cuentas, decia el oficial al comisario. Se conoce que sois hombre de pluma y no de espada. Tranquilizaos.

—Pero este lance se va haciendo trágico. Si hubiera sabido...

—¿Me hubierais tal vez abandonado?

El antiguo empleado se turbó y respondió con voz ahogada:

—No he dicho eso. Por lo tanto...

—Os repito que os tranquiliceis. Hé aquí á Desbagues que viene de embajada; escuchadle con atencion y venid á decirme las excusas de Julio Renaud; seré indulgente, pues hoy estoy animado de los mejores deseos.

Fargeolles se alejó y Desbagues se acercó al comisario diciéndole:

—Aquí están los sables de abordaje; son exactamente iguales: elegid el que gusteis. Advertid sin embargo á vuestra parte que tenemos tambien dos espadas de igual longitud, y que si prefiere un arma menos ridicula, es cosa muy fácil.

El comisario no entendió al principio; mas dijo con timidez tras un momento de silencio:

—¿Luego no traeis excusas!

—Ninguna, caballero; mi amigo ha venido aquí para batirse.

—Demonio! pero me parece que siendo colegas, antiguos compañeros, marinos franceses, bien podrian... ¿Qué quereis, amigo mio? Yo soy partidario de las transacciones. Nada de efusion de sangre; la paz; este es mi sistema. Si el señor Renaud quisiera ceder algo...

—Palabras inútiles, comisario; resignaos á elegir un sable. Id á hablar con el señor Fargeolles y traedme la respuesta.

—Pero ¿no habria algun medio...?

—Ninguno, caballero; he cumplido mi deber, cumplid el vuestro.

Fargeolles esperaba con exterior tranquilo el resultado de la conversacion, y guiñaba los ojos y sonreia maliciosamente; Julio estaba muy agitado, pero enteramente dueño de sí mismo. La perplejidad del pacífico empleado era muy cómica, y pesaba y media los dos sables como si esperase encontrar en su diferencia una excusa para no aceptarlos.

—Este es mas largo, decia, este mas pesado.

—Son iguales, respondió Desbagues; acabemos, tomad el que querais.

Fué preciso resignarse á elegir uno.

El alumno entregó á Julio el sable que quedaba, y el comisario fué á presentar el suyo á Fargeolles.

—Me ha dicho que os propusiera la espada; ¿qué respondeis?

—¿No os dije que el sable de abordaje seria mas divertido?

—Divertido! exclamó el comisario reflexionando. Corriente! si solo ha sido una broma para chasquearme, aguanto como cualquiera las bromas....

Fargeolles le corroboró en su error al ver el giro que tomaba el lance y temiendo tal vez perder su padrino.

—Lo adivinaste, muchacho, dijo; solo se trata de divertirnos á tus expensas; toma tu revancha, haz ver como que nada sabes y dí resueltamente que quiero batirme con el sable. Por supuesto, despues vendrá el almuerzo.

El comisario, convencido, se adelantó con ademan resuelto, declaró que se batian con el sable y que se podía hacer señal á los adversarios para que se acometiesen.

Fargeolles dió algunos pasos y se puso en guardia esperando á Julio que se adelantó hacia él. Cruzáronse los aceros.

—¡Hola! ¡he! ¡cuidado! exclamó el comisario, que vais á heriros! ¡Vaya una broma pesada!

—Silencio, comisario! dijo Desbagues que espada en mano dirigia el desafio.

—Vamos! señores! caramba! bastante ha durado la broma; ya sé que os burlais de mí; deteneos y dejad esas armas.

Desbagues rechazó en su impaciencia al comisario con ademan de desprecio. Oyóse al mismo tiempo una espantosa imprecacion; Fargeolles habia caído bañado en su sangre.

—Sin embargo yo sabia tirar el sable! fué su primera exclamacion.

La herida de Fargeolles consistia en una ancha cuchillada en el muslo derecho.

Julio se apresuró á darle auxilio.

—Torpe! le dijo Fargeolles mofándose aun, ¿no veis que me van á llevar á casa de la madre de vuestra Antonina?

Despues, habiendo hecho Julio un ademan para ayudarle á sentarse, añadió con ira:

—No me toqueis! os creeis libre demasiado pronto.

Despues de esta amenaza, que solo pudo oír su adversario, se desmayó, y entonces se acercaron el cirujano mayor y el grumete.

—Cómo! dijo el comisario: ¿no era una broma?

Julio le miró con asombro, se encogió de hombros y le volvió la espalda. Despues se dirigió á casa de la Riziere.

Un gran número de negros se habia agrupado ya en rededor de los oficiales. Se habia dado la voz de alarma, y cuando Renaud llegó á la puerta, encontró al administrador colonial que corria de bata con rostro pavorido.

—Buenos dias, amigo Julio: ¿qué sucede? Me acaban de despertar para hablarme de un desafio entre oficiales de marina.

—Ha tenido lugar en efecto un desafio, y vengo á pedir os hospitalidad para el señor Fargeolles que está herido.

—¿Con quién se ha batido?

—Ya lo sabreis despues: le traen aquí; dignaos ir á recibirle.

Y sin pronunciar mas palabras, Julio saludó al señor de la Riziere, y pronto se vió solo cerca de la casa. Antonina se asomó á una ventana del entresuelo, le vió y exclamó involuntariamente:

—¡Ah! él no es el herido!

—¿Cómo! dijo el subteniente acercándose, sabeis ya...

—Sospechaba que el encuentro se verificaria hoy por la mañana. No he dormido en toda la noche.

—Os doy gracias de todo corazon, señorita; pero ¿cómo habeis adivinado la verdad? No habia dicho nada á nadie.

—¿Os olvidais, Julio, de que fui testigo de vuestra discusion con el señor Fargeolles en el puente del buque?

—Perdonad, señorita, si soy breve, pero no tengo tiempo para hablarlos. Mis amigos traen aquí al señor Fargeolles; vuestra madre vendrá sin duda pronto, y es preciso que me aleje cuando tengo que deciros tantas cosas. Voy á ser arrestado, tal vez transcurran meses antes que vuelva á veros, y mi enemigo estará á vuestro lado. No presteis oido á sus calumnias, no olvideis al que os ama con toda su alma, y no os enojeis sobre todo si traspasa los limites de la reserva que hubiera deseado guardar. Que mi amor me sirva de excusa, porque me despido y mi enemigo va á permanecer aquí. ¡Ah! ¿por qué no soy yo el herido?

La jóven se ruborizó, y hubiera respondido tal vez, si la señora de la Riziere no hubiese salido de casa, sostenida por sus doncellas y dando terribles gritos.

—Cielos! Dios mio! ¡qué horror! decia; el señor Fargeolles herido mortalmente!

—Tranquilizaos, señora, dijo el cirujano mayor de la *Severa*; la herida es grave, pero espero que no será mortal. Dignaos permitirnos entrar y hacerle la primera cura.

Julio y Desbagues volvieron á bordo donde les llamaba el servicio. Luego que se tuvo noticia del desafio, los dos fueron arrestados por el señor de Kergal.

El comisario y el cirujano no se apartaron de Fargeolles que, habiendo recobrado el conocimiento, dijo á su padrino con tono irónico:

—Ya veis que no os engañé al deciros que almorzariais con el señor la Riziere.

—¿Qué me importa? dijo el empleado; me habeis cogido en un lazo, pero lo habeis pagado caro.

El mal humor del comisario subió de punto al verse comprendido en la medida que condenaba á Julio y á Desbagues á estar arrestados hasta la completa mejoría de Fargeolles.

Cuando el grumete Papillon volvió á bordo alcanzó los honores de la tribuna en el alcázar.

—Bien hecho! añadió Gaussard á manera de comentario; lo que sentiria es que ese pícaro de Fargeolles no dejase la piel al diablo que se la puso en el cuerpo. De seguro que no le lloraria la tripulacion y yo mucho menos. El señor



¿No os dije que el sable de abordaje sería más divertido? (Pág. 43, col. 2.)

Renaud, *Corazon franco* como le llamábamos en la *Victoriosa*, ha principiado la torta. ¡Ojalá se quede en tierra para evitar más de un disgusto á las personas honradas y economizar tinta al capitán de armas!

—¿Cómo? preguntó un quinto.

—No conoces al capitán de armas?

—Sí, es el ayudante de policía. ¿No le he de conocer? Bastantes malos ratos me ha dado.

—Entonces ¿no sabes que él lleva la apun-tación de los castigos del buque, que eran cuasi todos impuestos por el que se ha queda-do en tierra?

Gaussard, como antiguo marinero, no se mordía la lengua; aborrecía á Fargeolles y se hubiera dejado hacer pedazos por Julio. Toda la tripulación le veneraba y escuchaba con respeto, y era el decano del bauprés.

El señor Labranche se quedó pasmado al saber que Fargeolles, gravísimamente herido, había sido recogido en casa del señor la Riziere. A no haber contenido su primer impul-so, se hubiera embarcado en un bote para ir á verle, pero el buen oficial quiso ante todo cumplir con sus deberes de teniente.

Descubrió con dolor que toda la culpa, y la culpa más odiosa, era de Fargeolles, y aunque Julio no hubiera hecho cargos á su adver-sario, las declaraciones contrarias al oficial ausente eran muchas y acordes. El mismo La-branche no había olvidado tampoco la niñez y la juventud de su ingrato pupilo.

—Es incorregible! murmuró el anciano con acento de desesperación. Lo veo; es un castigo del cielo! En vano me he condenado á expiar mis faltas, y hago una penitencia interminable!... Emilio, tú eres mi verdugo! Todo lo he probado sin conseguir nada... ¿Me habré sacrificado en cuerpo y alma inútil-mente? ¿Iré á dirigirle otra vez vanas repre-n-siones? Me recibirá como después de la muerte del desdichado Pierremont... No tiene alma, ó si la tiene, es la de un condenado!

El señor Labranche se resistió al deseo de ir á visitarle hasta que el gobernador de la colonia dió orden á la *Severa* de que se hicie-se á la vela para Santa María de Madagascar; pero el anciano no pudo entonces contenerse más, porque sentía la imperiosa necesidad de despedirse de Emilio Fargeolles.

En su entrevista en Augulema había sido

Fargeolles ingrato para su protector; á bordo del *Orion*, frío y atrevido; en Tolon, después de la muerte de Carlos, duro y sin vergüenza, pero en casa de la Riziere, fué tan insolente y cruel con su constante mentor, que no tratare-mos de reproducir tan repugnante escena.

El señor Labranche volvió á bordo trastor-nado; se dió de baja en el servicio, y Julio Renaud se encargó de la tenencia del buque.

Una espantosa epidemia hacia mortales es-tragos en Santa María de Madagascar cuya guarnición había diezclado, y se habían em-barcado por orden del gobernador á bordo de la *Severa* una compañía de soldados, un sa-cerdote y algunas hermanas de la Caridad en-tre las cuales se hallaba sor Aglae.

V.

EL CILICIO.

Cuatro meses después del desafío de los dos oficiales, Fargeolles, completamente curado de su herida, estaba sentado al lado de la se-ñora de la Riziere en un jardín delicioso. No ha-biendo regresado á Borbon la *Severa*, la espe-raba en el asilo que la amistad le había pro-porcionado durante su dolencia.

Fargeolles continuaba desplegando con la vieja coqueta las gracias que durante la tra-versía le habían granjeado una preferencia tan manifiesta: frases de efecto, miradas lángui-das, discursos declamatorios, reflexiones poé-ticas y con ínfulas de profundas; nada omitió para deslumbrar á la criolla, partidaria acé-rima del lenguaje sentimental. Sin embargo, el tema de la conversación descendía de tan elevadas esferas al terreno de la simple mur-muración, del chiste indecente y de la torpe calumnia. Pasaron revista á todas las perso-nas notables de la colonia, y Fargeolles con-siguió sobre este punto un éxito maravilloso, pues su genio burlon y mordaz sabía tomar todas las formas; grosero con los marineros, familiar hasta la insolencia y trivial hasta la necesidad con el comisario é insultante con Ju-lio Renaud, al lado de la señora de la Riziere era fino y reservado porque solo debía ajar algunas reputaciones é inventar ó comentar alguna intriga escandalosa.

El señor de la Riziere y su hija se aparta-

ban de ellos y hacían juntos su paseo mati-nal; y huían no sin motivo del huésped peli-groso que había usurpado el puesto principal en el interior de la familia.

Fargeolles estaban iniciado en todos los se-cretos de la casa, y más por cálculo ambicio-so que por odio á Julio Renaud, se mostraba galante y rendido delante de Antonina. Hasta había tenido la destreza de atraerse en su fa-vor á la señora de la Riziere, cuyas extrava-gancias continuó lisonjeando, y llegó á dar una apariencia natural á su galante conducta; pero la jóven le opuso una reserva llena de dignidad, y se refugiaba bajo la égida mater-nal ó más frecuentemente aun al lado de su padre, á quien causaba sobrada impaciencia el influjo que Fargeolles ejercía sobre el ánimo de su esposa para que no le mirase con aversión.

Formóse por consiguiente una tácita alianza ofensiva y defensiva entre padre é hija, en tanto que el oficial continuaba sus torcidas maniobras con la vieja coqueta y adoptaba por tema de sus elocuentes períodos la felicidad de la vida interior, los goces de la familia y las delicias de una madre que renace en una hija querida cuyo esposo se convierte en hijo adop-tivo.

Aunque la criolla no hubiese abrigado el proyecto de dar á Fargeolles la mano de Anto-nina, cedía insensiblemente á esta idea, y no estaba lejano el día en que el oficial había de creerse en situación de hacer proposiciones más directas. Después de calcular el pro y el contra de su unión con la familia de la Riziere, no retrocedía ante sus últimas consecuen-cias, y el casamiento le parecía bastante ven-tajoso para que lo deseára, aun haciendo abstracción de mil circunstancias accesorias de amor propio y de ruindad satisfecha, que for-maban un núcleo en torno de sus intenciones principales. Conocía á fondo las rentas de la Riziere, el dote y la posición que ocuparía un yerno en su casa; en una palabra, estaba de-cidido, lo cual no obstaba para que conserva-se su sistema de admiración apasionada por los atractivos negativos de la que debía ser su suegra. Semejante práctica dá con frecuencia felices resultados y su teoría es elemental y está corroborada por un refrán muy conocido. Sin embargo, Fargeolles contaba sin Anto-



No olvidéis al que os ama con toda su alma. (Pág. 43, col. 3).

nina, cuya alma independiente había penetrado sus proyectos.

Antonina miraba ya, no solo con disgusto, sino con desprecio á su odioso pretendiente, y estas impresiones repulsivas producian una reaccion favorable para Julio, que desde su partida habia dado un paso inmenso en el corazon de la que amaba, y que colocada entre un padre débil y una madre ridicula, sentia la necesidad de un protector. ¿Y quién podia defenderla mejor que Julio Renaud? Tal era la transicion hácia pensamientos de un orden mas positivo.

Así pues, mientras Fargeolles preparaba su proyecto conquistando á la señora de la Riziere y tratando de asegurarse su consentimiento, Antonina hacia esfuerzos de destreza para inclinar en favor de Julio las miras de su padre. Julio era el tema habitual de sus conversaciones, y poco á poco el empleado colonial se convirtió casi sin sentirlo en confidente de su hija.

—Julio tiene corazon, decia la jóven, pero Fargeolles no lo tiene.

Sin embargo la madre de Antonina pensaba de muy distinto modo acerca de los dos oficiales; consideraba á Fargeolles como el hombre mas jovial, amable y gracioso que habia conocido en su vida, y pensaba además que el señor de Kergal, su comandante, le miraba con predileccion. En una palabra, el subteniente se habia aprovechado de su permanencia en la casa de la Riziere y tenia indudablemente algunas probabilidades de buen éxito, cuando apareció inesperadamente el grumete Papillon.

Precedíale de algunos pasos el alumno de primera clase Desbagues.

—Gracias á Dios! exclamó Antonina.

—Gracias á Dios! repitió el padre en voz baja, ya está de regreso la *Severa*, y vamos á vernos libres de Fargeolles.

El alumno saludó y preguntó por el oficial herido.

—Felizmente está completamente restablecido, dijo el señor de la Riziere.

—En ese caso tengo que comunicarle órdenes importantísimas. El señor Labranche ha muerto en Santa María y el señor Fargeolles debe pasar inmediatamente á bordo para reemplazarle como segundo.

Antonina se estremeció, pues temia que la

epidemia hubiese atacado á Julio Renaud, por quien preguntó al instante su padre.

—No tenemos que lamentar mas pérdida que la del teniente Labranche, respondió el alumno; el señor Renaud está bueno.

Al pronunciar estas palabras el alumno vió á Fargeolles al lado de la señora de la Riziere, y fué á cumplir su mensaje.

Una sonrisa cruel brilló en las facciones del subteniente cuando supo la muerte de su bienhechor; sin embargo, preguntó con fingida compasion todos los pormenores del acontecimiento que inevitablemente le proporcionaba la tenencia de la *Severa*.

Mientras Desbagues, á quien la señora de la Riziere invitó á tomar un asiento, contaba su viaje á Santa María de Madagascar, el grumete Papillon satisfacía la curiosidad de Antonina y de su padre.

—Pobre Labranche! dijo la jóven que, tranquilizada sabiendo que Julio estaba bueno, se trasladaba con el pensamiento á la época en que veia dos veces al día el rostro marcial del viejo teniente presidiendo la comida de la cámara; —era tan servicial, tan buen marino! Aunque decian que era taciturno, siempre me pareció fino y amable.

—Lo mismo decia la tripulacion, señorita, respondió el grumete, y eso sin contar lo que pensaba el tío Gaussard, el decano de los decanos del bauprés. ¿Le conoceis?

—No, no le conozco, dijo Antonina sonriendo con tristeza; pero dí ¿qué pensaba?

—Siempre que el teniente castigaba, el tío Gaussard acostumbraba á decir: «Es duro, pero justo.» ¡Oh! sí, el señor Labranche era justo, aunque no le queríamos como al señor Renaud, á quien el tío Gaussard puso el nombre de *Corazon franco* á bordo de la *Victoriosa*.

—Pero no nos cuentas cómo murió vuestro teniente, dijo la Riziere interrumpiéndole.

—Ha muerto de puro viejo, como buen cristiano, hé aquí lo que puedo deciros, y con un cilicio en el cuerpo.

—Un cilicio! murmuró la jóven con asombro.

—Un cilicio! repitió su padre.

—Gaussard llama á aquello un cilicio; es como quien dijera una camisa recia de lona, con clines dentro que desgarran la piel. ¿No

sabeis lo que es eso? Gaussard nos ha explicado...

—Sabemos muy bien lo que es un cilicio; continua, hijo mio.

—Pues bien; íbamos á partir á Santa María á conducir guaracion, pasto para las calenturas, llevando á bordo un cura, hermanas del hospital y particularmente á sor Aglae, señorita, á quien queriais tanto... El día anterior el teniente saltó en tierra, lo cual sorprendió á la tripulacion, y el tío Gaussard juró por su cuchillo que él llama *Juan Bart*, un excelente cuchillo de gaviero por cierto!... que el señor Labranche tenia algun proyecto.

—En efecto, dijo el señor de la Riziere, aquella misma noche vino aquí el teniente y estuvo largo rato hablando en secreto con el señor Fargeolles.

—Cuando volvió á bordo, prosiguió Papillon, los marineros del bote dicen que suspiraba y se enjugaba los ojos como si llorase. La noche era tan oscura que no podian ver si era cierto que llorase.

—El señor Labranche llorar! exclamó Antonina.

—Así lo dijeron, respondió Papillon. El tío Gaussard repetia con frecuencia: «Salimos en día 13; arrojamos al mar el gato negro, sin contar las antiguas historias de la *Tetis* y la *Victoriosa*... Viento de proa influye tambien en esto, además...»

—Deja á un lado las reflexiones de tu Gaussard, dijo el padre de Antonina interrumpiéndole bruscamente.

El grumete se turbó, se ruborizó y balbuceó el nombre de sor Aglae.

Antonina creyó necesario reparar el efecto de la brusca interrupcion del señor de la Riziere, pues privado del auxilio de las citas de Gaussard, estaba Papillon tan desconcertado, que no sabia cómo continuar su relato.

—¿Qué hacia sor Aglae? le preguntó con afectuosa dulzura.

—Sor Aglae, respondió el grumete. ¡Ah!... ella es particularmente la santa oveja de Dios, la que cuidó al señor Labranche durante su enfermedad...

—Pero aun no nos has dicho que vuestro teniente cayera enfermo, le dijo la jóven con extrema bondad. Vamos, hijo mio, vuelve á tomar el hilo de tu historia. Estabas en que

vuestro desgraciado teniente había vuelto á bordo...

—¡Ah! sí... eso es! eso es! exclamó Papillon sin turbarse.

El señor de la Riziere acababa de convenirse de que no conviene aguijonear la verbosidad de un narrador de alcázar, y se resignó á las digresiones y comentarios del criado de Julio Renaud.

—Luego que llegó á bordo, continuó Papillon, se presentó al comandante y le dijo: «Mi comandante, haced que me reemplacen en el servicio.» De modo que Julio Renaud era nuestro teniente, y lo ha sido mientras ha durado el viaje á Santa María como vais á ver. El fué quien recibió las hermanas á bordo y les mandó construir su pequeño convento de lienzo de lona en la batería. Al mismo tiempo dió otras disposiciones que prueban que el señor Renaud no es tan negado en cosas de servicio, y que tenía razón...

El nombre de Gaussard espiró en los labios de Papillon que tomó aliento antes de añadir:

—Como pasamos la primera noche en la bahía, el teniente Labranche no se acostó y estuvo paseándose por la toldilla hasta el amanecer sin cuidarse de nada. Sí, señorita, sin cuidarse de nada, porque el centinela de popa que estaba cerca de él, se olvidó una vez de gritar: Alerta! y ni siquiera lo reparó. Esto dió lugar á muchas habillitas. No obstante, sabíamos hacia mucho tiempo que el teniente no dormía nunca y que pasaba las noches en claro dando vueltas por todas partes, y por esta razón los veteranos de bauprés le habían puesto el nombre de *Judío errante*. Al amanecer, el señor Labranche estaba mas pálido que un difunto, blanco como la nieve y con los ojos llorosos. Entonces el tío... un marino del bauprés dijo: «El Judío errante parece hoy un conejo blanco.» Se conocía que el teniente tenía un gran pesar, y como era tan justo todos le compadecían. Sí, señorita, le compadecían, especialmente los veteranos; es la pura verdad.

Después de un momento de interrupción, Papillon añadió con despejo: —*Iza el foque mayor!* Partimos. Mientras bogábamos, el teniente hablaba con el cura. Un cura á bordo es de mal agüero, decían todos. Además, el gato negro arrojado al mar, la salida de Brest en día 13, el embarque de Viento de proa y otras señales formaban siete agüeros de desgracia cabales. ¿Adivináis, señorita, lo que decían los marineros?

—Y especialmente el tío Gaussard, cuyo nombre te quema la lengua, añadió Antonina con tono familiar.

Papillon le dió las gracias con una sonrisa triste á la par que amistosa.

—Un día, prosiguió, estando cerca de la rueda del timón, oí que el cirujano decía al teniente: «Os matais, vuestra calentura aumenta; cuidado con llegar á Santa María con tal disposición.» —«No llegaré.» —«Os aconsejo que os acostéis,» dijo el doctor —«No quiero; es inútil.» —El mayor va á quejarse al comandante que sube al momento á instar al segundo para que se vaya á la cama. —«Si lo mandais, mi comandante, dijo el otro, obedeceré. No obstante quería morir en pie.» —«Capitan, responde el señor de Kergal que nunca le daba otro nombre, si es absolutamente preciso mandarlo, lo mando como lo desea el doctor; pero tranquilizaos, que teneis una constitucion bastante robusta para resistir este clima.» —«No muero de calentura,» dijo el teniente que temblaba como la bandera del palo mayor en día de fuerte brisa. Cuando la tripulacion supo que estaba en la cama, dijeron todos en seguida: «No volverá á levantarse mas.» Sor Aglae pidió permiso de cuidar al señor Labranche; nunca se vió cosa igual. Aunque hubiera sido su padre no hubiese podido hacer mas, de modo que toda la tripulacion ama en extremo á sor Aglae. Y entonces los veteranos principiaron á repetir con Gaussard: «Era un buen marino y un hombre justo.» Mientras estuvo enfermo, los marineros me preguntaban cada minuto cómo estaba. Sabed, señorita, que soy grumete del estado mayor; pero yo siempre me veia precisado á responder: —Mal! muy mal!... Sor Aglae se

desempaloma sirviéndole, pero no por eso mejora...

Antonina y su padre, conmovidos con el sencillo relato de Papillon, no volvieron á interrumpirle, y el muchacho añadió en seguida:

—Sí; aunque fué severo, causaba lástima; todo el mundo se interesaba por él, y decían: «Si Viento de proa llegase á ser teniente, lo pasaríamos mal!» El señor Renaud me había encargado que le cuidase y tambien Gaussard; yo era quien ayudaba á sor Aglae siempre que me llamaba con su ademan. —En el escritorio del señor Labranche había un gran cuaderno y me lo pedía con frecuencia; escribía algunas líneas, me mandaba que lo encerrase con llave, y se ponía la llave debajo de la almohada. Un día me dijo que encendiera luz, envolvió el cuaderno con tres carpetas, lo cerró con lacre negro, escribió un sobre y me envió á buscar al comisario.

—Entregareis esto al señor Emilio Fargeolles después de mi muerte, le dijo.

Después mandó llamar al cura. El señor Labranche estuvo dos horas á solas con él hablando en voz baja. Yo estaba junto al tabique, dispuesto para ir á avisar á sor Aglae luego que acabasen. Pero no oí nada, á no ser el nombre del señor Fargeolles que repetía muchas veces, muchas veces, y suspiros como persona que gimie. El cura hablaba á ratos y el teniente sollozaba de vez en cuando; yo no podía menos de tener *olas* en los ojos.

—Excelente muchacho! murmuró Antonina enternecida.

—¿Y después? preguntó el señor de la Riziere.

—Después oigo que el cura le dice: —Quitáoslo! quitáoslo!... El responde: —«Hace veinte años que lo llevo y moriré con él.» —«Os lo suplico!» añade el sacerdote. —«Solo un hombre podría hacerme cambiar de resolución; es el señor Kergal, el comandante; pero vos lo sabeis bajo el sigilo de la confesion, y no se lo direis.» Mas adelante entendí que hablaban del cilicio; pero ¿quién podía figurárselo? Y yo que ni siquiera sabía lo que era un cilicio. Finalmente, el cura y sor Aglae rezaron algunas oraciones, y entonces entró el doctor.

—«Deseo que me coloquen sobre cubierta, dijo el señor Labranche; quiero morir allí. Id á pedir permiso al comandante.» —El comandante Kergal y todos los oficiales estaban en la cámara, y las tres cuartas partes de la tripulacion en la batería y en el sollado. Cuando se supo el capricho que tenía de subir, todos dijeron á una voz: —«Bien! bien!» al ver que el comandante había respondido con la cabeza que sí. Gaussard y dos gavieros mas entraron en seguida para conducir al señor Labranche que se envolvió en una sábana, y le subieron á cubierta en un sillón. Sor Aglae le sostenía la cabeza y yo los pies.

Papillon se interrumpió para decir:

—Me olvidaba, señorita, de que el día anterior habíamos llegado á Santa María y que todos los pasajeros habían desembarcado, á excepcion del cura y de sor Aglae que se quedaron á cuidar al teniente.

Después de este paréntesis continuó el grumete:

—Cuando el teniente estuvo sobre cubierta pareció que se mejoraba; su rostro se animó; el ver el sol le daba tal vez gran placer. Los oficiales estaban en la popa y el comandante á su lado: —«Señor de Kergal, dijo, recibid mi despedida; parto á un mundo mejor dejándoos la vigilancia de...» Nadie oyó lo demás á bordo; únicamente el comandante á quien habló al oído se levantó pálido y como aterrado. —Gaussard piensa muchas cosas sobre esto, pero yo no sé qué pensar. En seguida el señor de Kergal le tendió la mano y dijo:

—Os doy mi palabra de honor.

Y añadió en voz baja á su oído:

—Velaré por él.

Estas palabras causaron gran satisfacción al señor Labranche. Estoy seguro de que yo solo oí esto; pero ¿de qué hablaban? No lo sé. Entonces el teniente preguntó por mi amo.

—Señor Renaud, le dijo, perdonad si os he ofendido en algo, como perdono el mal que me habeis hecho.

—Por mi parte, teniente, nada tengo que perdonaros, y si os he ofendido, ha sido inocentemente, porque yo mismo lo ignoro.

—¡Oh! lo ignorais!... ya lo sé! dijo el señor Labranche.

—Acepto pues vuestro perdon con reconocimiento, añadió mi amo tomando su mano seca, flaca y blanca como el mármol. Entonces el teniente se volvió hacia la tripulacion, se despidió de nosotros y bajó la cabeza. Había allí gavieros y contramaestres que lloraban; no hablo de los grumetes, y no obstante mas de una vez nos había hecho sudar.

Sor Aglae y el sacerdote rezaban á su lado. Reinaba el silencio á bordo como en una iglesia, y nadie tenía valor de hablar en voz alta temiendo incomodar al teniente. Al anochecer dijo al comandante:

—Haced que me lleven á la toldilla, y os suplico que mañana perdoneis todos los castigos de la tripulacion en memoria mia. Hubiera deseado morir en alta mar y ser arrojado al agua; pero ya que es preciso que me entierren, no quiero que pongan mi nombre en mi sepulcro, y os suplico que no se haga mencion honorífica de mis servicios ó mis condecoraciones. Solo quiero que se pongan en mi lápida estas palabras: Aquí yace el teniente de la *Severa*, *De profundis!*...

Entonces me mandaron salir y no sé nada mas.

Después de una breve pausa añadió el grumete:

—El día siguiente desembarcaron el ataud del señor Labranche disparando dos cañonazos, y lo acompañaron la cuarta parte de la tripulacion con armas, mandada por el señor Renaud, con el cura á la cabeza y yo sirviéndole de monacillo, el comandante, los oficiales y varios marineros sin armas.

Cuando fueron á amortajarle el patron velero y sor Aglae encontraron el cilicio; era de lo que hablaba al cura el día antes de morir. En la tripulacion se habló de esto y se recordaron tambien sus últimos deseos: «No quiero nombre ni mencion honorífica en mi sepulcro.» No hay duda que murió llevándose á la otra vida un gran secreto, y se cree que estará escrito en el cuaderno que envía al señor Fargeolles. ¿Sabremos algun día la verdad? Yo al menos no lo deseo. Bastante he llorado la muerte de nuestro pobre teniente!

Apenas terminaba Papillon su relato cuando Fargeolles y la señora de la Riziere, á quien Desbagues había contado tambien extensamente el fin edificante del señor Labranche, se reunieron con el empleado y su hija.

Pero habiendo anunciado el alumno que la *Severa* había visto una vela que se creía un buque de Francia, esta noticia les distrajo de la sombría y misteriosa historia del teniente.

El señor de la Riziere, que por su doble cualidad de empleado y de colono se interesaba vivamente por los arribos, se apresuró á interrogar á Desbagues. Antonina se separó á un lado, y dirigió á Papillon algunas otras preguntas que fueron motivo para que el muchacho elogiara á su amo.

—La tripulacion le respeta y le ama como á buen oficial, señorita.

Calló un momento y añadió el grumete con ingenuidad:

—El señor Renaud está muy triste hace algun tiempo y el tío Gaussard dice que solo piensa en vos.

La jóven, que no esperaba una declaracion semejante, quedó turbada y se ruborizó.

—¿He dicho algo que pueda ofenderos? preguntó Papillon. No os enfadéis, señorita, pues no hago mas que repetir la *Gaceta de la Mecha*.

Llámase *Gaceta de la Mecha* las conversaciones que tienen lugar al redor del barril que encierra una mecha siempre encendida, en la cual encienden los marineros sus pipas, y que es en cierto modo el fuego sacro del buque.

—Caramba! añadió el grumete, los marineros creen que el señor Renaud no podía hacer eleccion mejor.

—Bien! bien! dijo Antonina, y sobre todo no repitas al señor Renaud lo que acabas de decirme.

—Sin embargo, estoy muy seguro de que me preguntará por vos, pues solo con este objeto me ha enviado á tierra.

Papillon había dado por lo visto con destreza el mensaje galante de Julio Renaud, que se excusaba por su boca de no haber podido ir aun á tierra á ver á Antonina, y aunque el medio de que se valió el grumete para expresar esta idea cubrió de vivísimo carmin las mejillas de la criolla, también atrajo á sus labios una sonrisa.

Fargeolles tenía prisa de dar principio á su cargo de teniente, pues presagiaba cien goces incomparables siendo el segundo de la corbeta, el jefe del servicio, el custodio de la disciplina y el terror del buque; teniendo la vigilancia absoluta de la tripulación, siendo jefe del estado mayor y el intermedio del comandante que le protegía y favorecía; pudiendo castigar y atormentar á su antojo, sin peligro, con el reglamento en la mano, y estando siempre presente para contrarestar todos los deseos de Julio Renaud.

Fargeolles se despidió de sus huéspedes con excesiva cortesía, saludó á Antonina con amabilidad y ternura, dirigió algunas palabras graciosas á la señora de la Riziere, y volviéndose en seguida hácia el alumno le dijo imperiosamente:

—A bordo, caballero!

Papillon había tenido cuidado de tomar á todo correr la delantera.

En el momento de embarcarse en el bote que le esperaba, Fargeolles se encontró frente á frente de sor Aglae.

La religiosa había vuelto despues de la epidemia de Santa María de Madagascar donde quedaron solamente cuatro hermanas de la Caridad: sor Aglae formaba parte de las que iban á volver á la comunidad central de la isla de Borbon.

La religiosa conoció á Fargeolles, le dirigió una dolorosa mirada que respiraba la mas tierna y expresiva caridad, y parecía que le decía elocuentemente:

—Perdonad á los demás como yo os he perdonado.

Pero el oficial saludó con frialdad y pasó adelante. No debía ignorar sin embargo que sor Aglae era Eglé de Pierremont.

VI.

LA TENENCIA.

Quando vieron á Fargeolles en el bote los marineros agrupados en el alcázar, dijo Gaussard lanzando un tremendo voto:

—Perdidos estamos; mirad á *Viento de proa* que vuelve; el diablo no ha querido su piel. Va á ser segundo: alerta! No doy un ochavo por mis costillas.

Y al mismo tiempo se sacó la pipa de entre los labios, la arrojó sobre el puente y la hizo trizas con el pié.

—Buena vida se nos espera con ese condenado! murmuraron algunos.

Apenas resonó en el buque el silbido de honor, cuando Fargeolles bajó al camarote del señor Kergal, el cual mandó llamar al momento á Julio Renaud.

—Vais á entregar la tenencia al señor Fargeolles, le dijo; y se continuará en todo conformándose á las órdenes dadas por su difunto antecesor el señor Labranche. Ahora, señores, solo me resta hablar de ambos; vuestra contienda se ha ventilado con las armas en la mano, y no solo supongo que no debe existir ya rencor entre vosotros, sino que os incito á que os reconciliéis francamente en mi presencia, como acostumbrán á hacerlo dos nobles adversarios.

Y al decir estas palabras, el señor de Kergal examinaba atentamente la expresion de la fisonomía de los dos subtenientes. Julio afectaba un aire frio y grave, y Fargeolles prefirió aparentar la mas completa indiferencia.

—¿No respondeis, caballeros? ¿No se ha extinguido aun vuestra enemistad? Señor Renaud, sois el mas moderno en graduacion y os toca á vos hablar el primero; expresad vuestras intenciones.

—Mis intenciones se reducen á dar al olvido lo pasado, pero estoy resuelto á hacerme respetar y á no sufrir ningun insulto. Sin embargo, en actos de servicio obedeceré tan pun-

tualmente las órdenes del teniente de la *Severa* como las vuestras, mi comandante.

—No me satisface una respuesta tan poco explícita, caballero, y desearia veros alargar la mano á vuestro colega.

—Perdonad, mi comandante; el señor Fargeolles debe considerarse como el mas ofendido, y por otra parte, habiendo sido herido, á él le toca por consiguiente demostrar que acepta una reconciliacion. Diré con franqueza que si me ofrece la mano, no le negaré la mia.

—¿Oís, señor Fargeolles? Vuestra posicion actual á bordo exige que hagais algun sacrificio por la buena armonía; el señor Renaud cree que vos debéis dar el primer paso, y me lisonjeo de que accederéis, pues yo tambien os lo pido.

Fargeolles presentó la mano sonriendo y Julio la estrechó en la suya.

—Muy bien, señores! no esperaba menos de vosotros, dijo el comandante.

Quando los dos subtenientes salieron, Fargeolles se encogió de hombros para dar á entender á Julio que la escena anterior no habia sido mas que una comedia: este hizo ver que no lo advertía, y sin embargo, no tuvieron ninguna explicacion mientras el mas jóven de los subtenientes daba cuenta de las disposiciones tomadas á bordo durante su interinidad de teniente.

Luego que Julio cumplió con este deber, fué á prepararse para ir á tierra; pasó dos horas en su camarote arreglando las hojas de un album que destinaba á Antonina, y volvió á subir sobre cubierta.

Entretanto Fargeolles empezaba á desempeñar su cargo de teniente en medio del profundo estupor de la tripulacion.

—Esta desgracia, dijo Gaussard, puede contarse por sí sola como una docena.

Aun no habia transcurrido una hora y ya habia sido castigada la tercera parte de la tripulacion; habian sido arrestados dos alumnos, estaba Gaussard en el calabozo por haber alzado demasiado la voz en el alcázar, y Papillon se habia chupado doce latigazos con el perigallo.

—Mi teniente, dijo Julio acercándose á Fargeolles, necesito un bote para ir á tierra.

—Es imposible, caballero; va á hacerse ejercicio general de embarcaciones y vos mismo debéis dirigirlo.

Una extraña inflexion de voz dió un sentido feroz á estas sencillas palabras.

—A toda costa es preciso que salga de este buque, pensó Julio. Ya comienza la persecucion del modo mas horrible. Trataré de cambiar mi plaza con alguno de los oficiales del *Cazador*.

El bergantin el *Cazador* era el buque que se habia divisado por la mañana desde la corbeta y habia anunciado el alumno de servicio á la familia de la Riziere. Acababa de anclar en la bahía, era realmente un buque francés, y llegaba en línea recta de Brest teniendo por comandante el conde de Bellegrave.

Despues de haber salido juntos del camarote del comandante y de separarse Julio y Fargeolles, el comisario del buque se acercó á este último y le dijo:

—Mi teniente, tengo que entregaros un gran cartapacio de parte del señor Labranche.

—¿Ah! sí?... ya lo sé, ya me lo han dicho, respondió el oficial con tono de broma; me lo entregareis esta noche para divertirme.

Julio se estremeció al oír á su colega hablar de este modo del venerable veterano á quien reemplazaba.

—Creo que me haceis mala cara!... continuó Fargeolles zumbándose. ¿Acaso no os dieron bien de almorzar en casa del papá la Riziere? Vamos, no me tengais ojeriza! El nuevo teniente será vuestro protector.

Julio Renaud se guardó muy bien, como adivinarán mis lectores, de escuchar una conversacion cuyo resultado inmediato fué poner al antiguo empleado bajo el yugo de Fargeolles con mas despotismo que antes.

La primera oracion de sor Aglae, cuando volvió á entrar en el convento del hospital, fué para Julio que se hallaba bajo las órdenes de Fargeolles.

En el momento en que Julio se veia injusta-

mente y pérfidamente arrestado por su colega bajo un ridículo pretexto y viéndose imposibilitado de ir á hacer su primera visita á la familia de la Riziere, se acercó á la corbeta un bote del *Cazador* que venia de tierra con un despacho que el gobernador remitía al señor de Kergal.

Esta comunicacion oficial fué causa de que inmediatamente volbiesen á comparecer otra vez los dos subtenientes en la cámara del comandante.

Fargeolles estaba triunfante pero ofendido, porque la tripulacion habia recibido su regreso á bordo con un disgusto evidente. Le aborrecian, le temian y le maldecian en voz baja.

¿Había abrigado tal vez la pretension de ser recibido con cantos de alegría?

Estaba embriagado de júbilo por su nueva posicion y sin embargo se resintió su amor propio con el mal disimulado descontento de los marineros.

Esta contradiccion existe en todos los caracteres tiránicos; los déspotas tienen la necedad de querer ser adorados.

Fargeolles desplegó en el acto una severidad vengativa.

Mientras vivió el señor Labranche se habian conciliado perfectamente las necesidades del servicio con las libertades de cada individuo, y no se habia hecho ninguna modificacion á bordo durante los dos meses de la interinidad de Julio Renaud; pero Fargeolles hacia memorable la toma de posesion de su cargo con medidas que sumian en mudo desconsuelo al alcázar y á los alumnos de marina.

Hacia tres horas que todas las fisonomías expresaban la tristeza y el disgusto; habia principiado á bordo el régimen del terror; mediaban comunicaciones incesantes entre el nuevo teniente y el capitán de armas que debia arruinarse por el excesivo gasto de tinta, segun expresion de Gaussard, porque los castigos se sucedian sin tregua y el libro verde se llenaba que era un portento.

El comandante no se habia presentado aun sobre cubierta porque no tenia costumbre de prodigar su presencia.

Unos diez minutos despues de haberse alejado el bote del *Cazador*, se vió obligado á cumplir un deber penoso; tuvo que llamar á los dos subtenientes para anunciar á Fargeolles que habiendo sido promovido Julio Renaud al grado superior, iba á encargarse inmediatamente de la tenencia de la corbeta.

—Señores, les dijo, tengo que comunicaros un despacho que producirá un cambio completo en vuestras posiciones respectivas.

Fargeolles palideció.

—El señor Renaud, añadió el comandante, ha sido nombrado teniente de navio.

Julio se estremeció de júbilo, porque el nuevo grado le libertaba del despotismo de su enemigo.

(Se continuará.)

LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuacion).

74. ¿Cuáles son los efectos del calórico?

El calor que, á proporcion de su intensidad, obra de diferentes maneras sobre todos los cuerpos causando *expansion*, *fusion*, *evaporacion*, *descomposicion*, etc.

75. ¿Por qué se llama el calórico agente repulsivo?

Porque sus principales efectos son *dilatar*, *derretir*, *evaporar* ó *descomponer* las sustancias sobre las cuales obra.

76. ¿Qué es un agente atractivo en oposicion á un agente repulsivo?

Atraccion química ó afinidad, es un agente atractivo, como cuando los cuerpos tienden á unir sus propias naturalezas para formar algun nuevo cuerpo.

77. ¿Cuándo se dice que un cuerpo es caliente?

Quando contiene tanto calórico que difunde el calor á los objetos inmediatos.



Sobre todo no repitas al señor Renaud lo que acabas de decirme. (Pág. 46, col. 3).

78. ¿Cuándo se dice que un cuerpo es frío? Cuando contiene menos calórico que los objetos que le rodean y absorbe su calor.

79. ¿De qué manera puede excitarse el calórico para que desarrolle el calor?

Por todos los medios que causen agitación ó produzcan un cambio activo de condicion en los cuerpos. Así, pues, la fricción, la percusión, la repentina condensación ó expansión, la combinación química y las descargas eléctricas, todas estas cosas desarrollan el calor.

80. ¿Por qué los «espejos» parecen incendiar las sustancias combustibles?

Porque reunen en un punto ó foco muchos rayos de calórico cuando vienen del sol, y la acumulación de calórico desenvuelve esa intensidad de calor que constituye el fuego.

81. ¿Qué es foco?

En óptica es el punto ó centro en el cual ó alrededor del cual los rayos divergentes son traídos á la union mas compacta posible.

82. ¿Qué es fuego?

Una acción química violenta que causa la combustión de los ingredientes de *fuel* (combustible) con el oxígeno del aire.

83. ¿Cuáles son las propiedades del fuego?

Comunica el calor, que tiene la propiedad de transmitir á los flúidos y á los sólidos.

No existe sin la presencia de materiales combustibles.

Tiende á difundirse en todas direcciones.

No puede existir sin oxígeno ó aire atmosférico.

84. ¿Qué elementos toman parte en la conservación del fuego?

El hidrógeno, el carbono y el oxígeno. El hidrógeno y el carbono existen en el combustible; el oxígeno lo facilita el aire.

85. ¿Cómo empieza la combustión de un fuego?

Una mecha hecha de fósforo y azufre (sustancias altamente inflamables) que se pasa sobre un pedazo de papel de arena excita la pre-

sencia del calórico (por la fricción) que desarrolla el calor; este incendia la pajueta cuya combustión está sostenida por el oxígeno del aire. En seguida se aplica esta llama á papel, leña ó carbon, y su calor es suficiente para hacer salir *gas hidrógeno* que, unido al oxígeno del aire, arde comunicando mayor calor al carbono del carbon de piedra que asume la forma de gas ácido carbónico por su union con el oxígeno, y al poco rato quedan establecidas todas las condiciones de la *combustión*.

86. ¿Cuáles son las propiedades del calor? Puede existir sin fuego ni luz.

No es sensible á la *vision*.

Hace impresion en nuestros *sentidos*.

Obra poderosamente sobre *todos los cuerpos*.

No tiene *peso*.

Tiene parte ó está enlazado con *todas las operaciones de la naturaleza*.

Radia de *todos los cuerpos* en líneas rectas y en todas *direcciones*.

Afecta mas poderosamente en *líneas rectas*.

Sus rayos pueden reunirse en un *foco* como los rayos del sol.

Puede ser *reflejado* por una superficie brillante.

Es *conducido* mas fácilmente por unas sustancias que por otras.

87. ¿Qué es calor animal?

El calor animal procede de la combustión lenta del *carbono* de la sangre de los animales con el *oxígeno* del aire que los mismos respiran.

88. ¿Qué es calor latente?

Calor latente (ó mas propiamente *calórico latente*) es el que existe en cierto grado en todos los *cuerpos* aunque sea imperceptible á los *sentidos*.

89. ¿Existe calórico latente en el hielo, en la nieve, en el agua, el mármol, etc.?

Sí; todas las sustancias tienen un grado mas ó menos grande de calórico.

(Un herrero puede martillar un pequeño pedazo de hierro hasta *enrojecerlo*. El hierro se ha vuelto mas denso con el martillo y no puede ser caldeado otra vez al mismo grado por los propios medios hasta que ha sido *enrojecido al fuego*. ¿No sería fácil que con el martillo las partículas del hierro se hayan vuelto mas compactas expeliendo el *calor latente*? Un nuevo martillo no acercaría mas los átomos entre sí, y por consiguiente no se desarrollaría nuevo calor. Pero cuando el hierro ha *absorbido otra vez calórico* poniéndole al fuego, se carga de nuevo de calor latente. Los indios hacen saltar *chispas de dos pedazos de madera* frotándolos el uno contra el otro. Dos pedazos de hielo pueden restregarse el uno contra el otro hasta desarrollar en ellos el calor suficiente para *hacerlos derretir*. Los ejes de los carruajes de los caminos de hierro se *enrojecen* con frecuencia á causa de la fricción.)

(Se continuará.)

FÓRMULAS.

Nueva lejía para la colada.

Se disuelve en caliente un kilogramo de jabon en 500 litros de agua. Cuando está disuelto se le añaden 30 gramos de amoníaco líquido y 15 gramos de esencia de trementina.

Se deja el lienzo algunas horas en esta lejía y se lava simplemente en agua, quedando tan blanco como con la colada ordinaria.

Modo de dibujar ó estarcir una lámina sobre cobre.

Se toma la lámina que se desea estarcir y se estingue en la superficie de una disolución de yodo en el agua, de modo que la parte impresa toque el líquido. El yodo se fija en las partes negras con preferencia á las blancas. Si en este estado se le aplica á dicha lámina en la cara preparada, un cristal al cual se haya dado una ligera capa de almidon cocido, la imagen se reproducirá en el cristal, de un color azul de yoduro de almidon; si despues se aplica la parte preparada del cristal sobre una lámina de cobre pulido, el color azul del cristal desaparecerá y á su vez la lámina de cobre tomará el dibujo.

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.